

## MONOLOGOS DE ESPAÑOLITOS



¡¡ HASTA AHÍ  
PODRIAMOS  
LLEGAR. !!

## CADA UNO EN SU CASA Y YO EN LA DE TODOS

LA mujer española de uno, la hermana española, la hija española, la madre española y un poco la tía española son el imperativo categórico de la honra, mientras que la mujer, la hermana, la hija, la madre y un poco la tía, españolas o no, pero que no son de uno, son la pura circunstancia orteguiana. Se trata de embrutecer a nuestras parientas suministrándolas las dosis de caballo de honestidad, y que nosotros podamos correr la pólvora con las circunstancias, haciéndonos pasar por incomprensidos. El español es honestísimo en su casa, y un simio en la ajena. Un sádico trascendente, capaz de encerrarse en una tumba como Felipe II (¡oh, su inspiración sensual escurialense!)

y alternar las sentencias capitales con el «toma engrudo, doña Violante». Además está el sentido de la propiedad. Sobre su mujer, su hermana, su hija y un poco su tía, el español ejerce una propiedad quirritaria. Nadie tiene tan desarrollado el sentido de la propiedad como los ladrones. Y este es un país de ladrones, mucho más que de asesinos. Los ingleses son mucho más asesinos, pero menos ladrones. Jack el Destripador, que lo que tenía muy largo era el cuchillo, no se quedó jamás ni con un penique de las mujeres que desfiguraba. Y eso que eran peniques de antes de la guerra. Pero acuérdense del saco de Roma perpetrado por españoles. Nunca se robó tanto, nunca la rapiña alcanzó

tan altas cotas. Me dicen que hubo cuarenta y dos violaciones con escalo y doce con fractura, pero fueron los borgoñones. Esa concepción de la propiedad se da respecto a la mujer española de uno, hija, hermana, etc., y se ejerce tanto la propiedad que la mujer, la hija, la hermana, pasan a ser cosas. Así somos y así seremos los españoles, excepto los que nos hemos educado en Oxford. A nosotros no nos importa llevar a las tías buenas a tomar el té con nuestra amatísima esposa, que es una santa, como sabe muy bien el vecino de arriba, que es de la construcción y se encoge un poco cuando nos encontramos en la escalera. ■ DEOGRACIAS.